

JUAN BARJOLA, LA PASIÓN POR EL ARTE

Barjola era lo que se esperaba después de Solana. Porque no se podía interrumpir así la línea de dramatismo del arte español.

(Joaquín de la Puente)

Mi obra esta sincronizada del choque de la curva con la recta, lo que equivale a cerebro y corazón, simbiosis producida por mi idiosincrasia.

(Juan Barjola)

Juan Barjola, al que el Museo Juan Barjola de Gijón dedica esta exposición sobre la obra gráfica del gran pintor-artista, representó un paréntesis épico en la monotonía gris del arte español de su tiempo. Es cierto que su pintura tuvo la técnica ortodoxa de los mejores pero el resultado de su artístico quehacer sólo ha sido idéntico a él mismo. Eso es lo que más atrae y lo más importante de la obra de Juan Barjola: la coherencia y la autenticidad de su pintura, de sus dibujos, grabados, litografías y serigrafías. Muchas de ellos fueron también lienzos al óleo o dibujos a tinta china. Se ha escrito –y a mi parecer– con acierto que Juan Barjola fue un pintor espiritualmente equidistante entre Savonarola y San Francisco de Asís, por ser su obra más que testifical una pintura–conciencia. Sus propias condiciones de carácter y vivencias le exigían que realizase una pintura comprometida y no pudo – ni quiso – evadirse a esa llamada.

Si sus formas pictóricas nos parecen agresivas, con frecuencia y como veladas, se encuentran transidas por una ternura temblorosa, junto a una poética distorsión que desfigura a los protagonistas y los encuadra en un área de misterio, de terror contenido, de miedo a flor de piel. Brota también a borbotones la ternura ante el dolor, la miseria y el drama real o ritualizado.

En una etapa de su trayectoria junto a los espacios que –confiesa- : *han sido una constante en mi obra, cantan con más expresión a veces que la figura*, el arte de Barjola se hace grito de colores aplicado a una temática oscura y enigmática. Espacios que son protagonistas y no sólo marcos envolventes en cada tela u obra gráfica, sino que se esencializan como parte de la significación y entonces... *el color, el color es una fiesta visual... incluso ciega, abrasa, conmociona en su sentido vitalista que nuestros ojos perciben como potenciación del drama. Se convierte en una reflexión moral que se declara abrumadora. En esta confluencia de tensiones consiste la eficacia pictórica y poética de Barjola* (Antonio Gamoneda).

Pintura ascética dura, comprometida, implacable, intensa con un sello vigorosamente personal, con una fuerte carga de potente expresividad. Ninguna concesión al falso sentimentalismo, ni una sola gota de agua compasiva que adultere la llamada al compromiso ante un mundo violento y cruel, injusto, en el que los débiles y

marginados nos recuerdan y acaban siendo una voz profética por lo que tienen de grito, de soledad, de dolor y de pasión. Todo un mundo denunciado y redimido por la profunda mirada y hondo sentimiento de Juan Barjola.

El pintor renunció al preciosismo, y aunque podemos atribuirle varios modos pictóricos de expresión, el sustrato que guía toda su obra es un representar sin adornos, con simplicidad, nacida, desde la humildad y de una profunda comunión con las cosas. Todo su ser de invención se enraíza en lo más humano, íntimo y visceral de la realidad. Realidad que tiene equivalencias metafísicas en su característica expresión plástica. Su obra es reflejo de una tensión interior irremediable y amada al mismo



tiempo por el pintor, que recibe y devuelve en y desde su mirada las imágenes atormentadas del drama humano. La pintura de Barjola generosa y espléndida en su información, veraz hasta lo cruel, humana hasta la saciedad, nos cuenta el mundo con tristeza y con piedad. Será – creo – la peculiaridad de su expresionismo, sabiamente

construido a mitad de camino entre el gesto y la geometría, pintura desgarrada, lacerante, honda, antiesteticista, desesperada, contenida, que denuncia mucho más de lo que se ve y que calla aún mucho más de lo que quisiera.

Gaya Nuño ha escrito que la pintura de Barjola es *un mundo de solemne y atrevida belleza*. Brutal belleza, hiriente, a veces agria y deforme, implacable y angustiada como nuestro mundo, como la triste condición del ser humano. Su obra hay que verla como lo que fue, una creación brotada desde las entrañas mismas de su tiempo y por tanto con él comprometida.

Devolvió el sentido genuinamente dramático a nuestra pintura y por eso sus obras poseen siempre la fuerza del contenido que no se queda en lo meramente decorativo y no se conformó con el vacío esteticismo de algunas vacuas denuncias moralizantes.

Comentaba Barjola que en su obra, como toda obra de arte, en principio ha de despertar una emoción y él procuraba dotarla de misterio y sugerencia. Pintura que nos da la impresión de un golpe seco, sordo, que retumba en nuestra retina y cuya resonancia interior es difícil de olvidar. Provoca y estimula nuevas perspectivas de ver la realidad y despierta una nueva conciencia de relacionarnos con el hombre, con la humanidad.

En su hiriente temática existe un hálito de profunda poesía, que salva su obra del caos, y le infunde un rayo de esperanza.

Como declaró a Miguel Fernández – Brasso, la temática de la violencia comenzó hacia 1966. *Surgió de unas publicaciones de la prensa diaria .Y del cine. Yo voy al cine y observo. En el cine se ven imágenes, composiciones. El cine me interesa. Como evidentemente no me gusta la violencia y esta argumentación encajaba muy bien en mi forma de expresión, se hizo una simbiosis consustancial con el momento en que vivimos.....Considero que el artista debe reflejar la época en que vive y más la nuestra, que está preñada en casi todas las latitudes del mundo de violencia, de vejación y otras lacras de la historia.*

Por esta actitud la obra de Barjola se ancla en las entrañas misma de su tiempo y, por tanto, con él comprometida. En 2004 declaró: *La pintura a mi no me interesa si no tuviera una proyección social.* Y por otra parte Barjola reivindicó conceptualmente el expresionismo ibérico que se enraiza en Goya.

Antonio Gamoneda ha subrayado esta historicidad del pintor Barjola, al considerarle *un pintor medularmente histórico, por el valor, en su obra del espacio aéreo libremente perspectivado y la utilización en sentido expresivo de las “temperaturas” del color. El secreto de su impresionante eficacia plástica y de la comunicabilidad emocional consiste en la conquista de una morfología presidida por la subjetiva forma del miedo.*

La obra de Barjola es un testimonio de formidable valor histórico, aunque sólo parezca que quiso ser pintura... pintura ciertamente inquietante y denunciadora.

El mismo pintor declaraba: *siempre he procurado que mi obra no quede reducida a lo meramente pictórico y estético. El fondo es lo que más me preocupa, aunque esto no quiere decir que no me interesen los otros factores que con el ético son los que fundamentan la obra. Me interesa mucho lo pictórico, pero creo que el hombre y en este caso el artista debe tener ética, que en definitiva es amor a la verdad. La belleza con la ética es doblemente bella...*

Una faceta del maestro Juan Barjola es su obra como dibujante. Consideraba el dibujo



como el esqueleto de la expresión, el principio de la obra creación sobre todo para los

pintores que componen. Su maestría dibujística le haría explorar desde los mismos comienzos de su actividad el mundo del grabado y más tarde las técnicas de la litografía y la serigrafía. Ya en 1943 -afirman sus biógrafos – realizó dos puntas secas con Manuel Castro Gil, en su taller de la calle Libertad, de Madrid.

Desde entonces hasta el final de sus días ha cultivado estas técnicas buscando nuevas formas de expresión que prolongaron la temática de sus pinturas al óleo.

La presente exposición recoge ciento seis estampas (34 grabados, 44 litografías y 28 serigrafías) que reflejan con amplitud y exactitud parte muy importante –mayoritaria- de esta actividad que Barjola acometió con la misma entrega con la que se entregaba a la construcción de sus obras al óleo y que algunas de las estampas son reflejo de sus pinturas. Colección que pertenece a un admirador que llegó a ser un gran amigo del pintor, Rafael Gil Álvarez.



En la temática de las estampas predominan las setenta “Tauromaquias” (23 grabados, 34 litografías y 13 serigrafías). El resto de la obra treinta y seis estampas (11 grabados, 10 litografías y 15 serigrafías) muestra realizaciones con los consagrados temas de la pintura

de Barjola: caras, niños, prostíbulos, perros, espejos... Temas a los que cabe el mismo estudio significativo que para su pintura al óleo.

En esta exposición dedicada a la obra gráfica de Juan Barjola figuran las cuatro grandes publicaciones ilustradas por el maestro: *Tauromaquia*, *Tauromaquia y destino*, *Cinco variaciones visionarias*, *Tauromaquia. Mortal 1936*, los textos los pusieron respectivamente Rafael Alberti, Antonio Gamoneda, José Hierro y de nuevo Antonio Gamoneda.

Las litografías de la **Tauromaquia** (1970) estampadas por Casariego, tienen el color caliente, el aire sudoroso, polvoriento e inevitablemente trágico de las corridas. Rosas ácidos, verdi-negros, tostados, cárdenos y amarillos lívidos. Contrastes de claros y oscuros no por efectos lumínicos sino por su específica significación.

Los versos desgarrados de Rafael Alberti acompañan a estas litografías – emociones plásticas – que tanta entidad poética contienen:

Furia ciega, a cornadas, / sin miramiento. / Toro de espuma y ola, / de trigo y viento. / Ansias mortales. / Vida que se me llevan los arenales.

Tú bramando, bregando, / toro de hombría. / Yo mordiendo la tierra / que te mordía. / De parte a parte, / mis tristes matadores para matarte.

El editor de la obra, Rafael Díaz Casariego, ha escrito en la presentación:

Tanto en la Tauromaquia como en su obra plástica Barjola es un testigo fidedigno de la caótica descomposición humana y de la extraordinaria brutalidad concebida por el hombre, que lo convierte en un ex-hombre, por mucho que haya estado expuesto a culturas milenarias con las que nunca se sintió solidario. Barjola refleja los instantes más intensos de la bárbara y bella fiesta de los toros.

Para diseñar las serigrafías de **Tauromaquia y destino** (1980), el poeta Antonio Gamoneda, y el pintor Juan Barjola, - nos relata Antonio Zoido - , hicieron en paralelo la lectura del poema lorquiano: "Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías". Gamoneda subraya: *leámos también el relato de nuestra edad perdida y española*. Cuatro capítulos introductorios ensalzan la poesía lírica con el contenido pictórico, que se abren con una invocación salida de las entrañas: ¡España, España!

La crueldad se enciende en las bujías y arden los párpados de los últimos durmientes. En otro espacio, altos, frenéticos escribas hacen las leyes de los derrotados. Y vienen días infecundos, páginas sin honor, horas cansadas. Vierten acónito sobre la lengua que saludaba a los crepúsculos y, en este punto, altas banderas arden entre laureles. Desde este día, las ciudades están marcadas con las sentencias de los grandes perjuros. En las aguas más lentas, la destrucción desciende y su fosforescencia entra en los espíritus. Abatido, abatido.

La enemistad crece con nosotros, y, en las prisiones, la esperanza cohabita con el desprecio. En estos actos se descifra la lentitud del destino. La cobardía es nuestra patria más frecuente, pero ¿quién es, al fin, el verdadero muerto? Su belleza está entregada a los insectos, más sobrevive entre torrentes. Alimentado el hastío. Alimentado,



distinguido por una flor infecciosa, él es esbelto en la injusticia y su mudez – clamor que calla – se precipita a un mar de piedra. Bajo las bóvedas silvestres, oigo el gemido que te nombra, España. (Antonio Gamoneda).

Prosa hecha a buril. Drama, destrucción, odio, y también con conmiseración y piedad sin límite.

Crudeza de las gamas cálidas, enmanchamiento ennegrecido y en contraste delicadeza colorista que nos llevan a situaciones límite de espiritualidad. Antonio Franco ha señalado como el torero es representado como minotauro, haciéndole aparecer bruscamente una calavera, como de la costilla de Adán, de su costado. Asociación de la plaza de toros a la caverna cretense.



En las serigrafías junto al movimiento, el estallido del color que nos brinda una fiesta visual. Julián Gállego ha escrito al analizar las “Tauromaquias” de Barjola: *Los colores que Barjola emplea son de una firmeza, de una delicadeza raras. Ha huído de los contrastes y claroscuros y trabaja en valores medios,*

ocres, verdes, azules, animados por un amarillo o atemorizados por un rojo...

Seducción del color en unas obras siempre bien construidas, con un sentido natural y anónimo de la composición pleno de elegancia y ritmo.

Los grabados, estampados por Víctor Galán, **Tauromaquia. Mortal 1936.** (1991) presentan ese grafismo ajustado con el que Barjola crea un mundo inacabable. Grafismo terrible, agitado, con tintas oscuras, planos que se dislocan que se abren paso entre un griterío de silencios, dándole – en el grabado mismo – una dimensión protagonista al espacio. Todo reducido al blanco y negro con los matices de la difícil gama de los grises que traslucen el drama, la emoción, el vértigo, la angustia, la tragedia y sobre todo en el frenético movimiento de las figuras. La línea nace pura, después se quiebra, zigzaguea, modula, penetrando en el alma del tema, plasmando con un expresionismo carnado el drama.

En el grabado -como en el dibujo- no interviniendo el cromatismo, la mancha y la línea manifiestan toda la morfología sumaria y estricta del mundo barjoliano. Las representaciones, imágenes nacidas de sus experiencias vitales de artista, alcanzan su revelación sin trabas. Experiencias vitales a las que Barjola ha permanecido obstinadamente fiel.

Estoy por adivinar si el protagonista son los actores humanos de la fiesta o es el toro; toro que en la obra gráfica de Barjola parece surgido de la noche prehistórica para

presentarse al día cegador. Toro que viene de la naturaleza salvaje, indómito, invencible, rápido y peligroso. Toro que se lanza contra el caballo con toda su terrible fuerza con el brillante movimiento de sus músculos bajo la negra piel reluciente de sudor. Parece que el toro bravo, de casta, intuitivo pretende constituirse en el protagonista del rito. Toros bajos de agujas, que humillan bien al embestir. Sus cornamentas forman medias lunas terribles con afilados pitones mirando al cielo. Manos echadas hacia delante. Toros de buen trapío, bellos y arrogantes. Toda una lección de observación y arte. Barjola analiza los personajes y animales, los distorsiona, creando piezas de una gran fuerza expresionista dramática. Quizá estas estampas sean lo mejor de su arte gráfico por sus equilibrados contrastes del blanco y negro, sentimiento patético, fuerza y hondura.

Antonio Gamoneda ha resaltado el papel del caballo en el encuentro feroz dentro del ritual taurómico, con su rol de víctima suplicada, arrastrado hacia la muerte en una acción en la que él es el "inocente". Por eso en la emergencia de su cabeza hay un gesto de dolor, de protesta, de súplica que manifiesta en su levantada cabeza, en la horrible crispación de la dentadura.

Antón Patiño ha glosado la segunda colaboración Gamoneda-Barjola, aludiendo a *las vivencias biográficas que les unen. Evocaciones literarias que van a condensar el sentimiento del drama y la trágica inspiración del pintor en los aspectos más dolorosos de la existencia. El dramatismo (de la obra) da cuenta del impacto de ese terrible número grabado a fuego en la conciencia de muchos españoles y que tuvo una repercusión universal.*

En **Mortal 1936** el poeta escribe:



Finalmente, la púrpura entra en las carnicerías. / Sin embargo, está amaneciendo: / va a amanecer sobre las cárceles y las tumbas. / Me está mirando la cabeza torturada / y su marfil arde como un relámpago cautivo; / me está mirando el ojo capital / y dos sustancias, en la misma vena, / fluyen y entran en mi vida. / Me mira para siempre el animal amado / y dos Españas vienen a mi corazón. /

Juan Barjola, cansado y silencioso, / baja otra vez a la misericordia y a la ira.

En una breve antología de textos hemos recogido algunos de los más esclarecedores testimonios sobre el lugar del tema taurino en la obra de Barjola. Basta recordar que – como se ha afirmado – las “Tauromaquias” del pintor están lejos de la interpretación literaria de la fiesta. No encontramos una plaza gloriosa, ni nombre que apasione a la afición. No existe la pirueta estilística de Picasso. Cualquier plaza de cualquier pueblo ibérico es protagonista de ese juego viril y trágico.

Para comentar los “retratos” “cabezas” de **Cinco variaciones visionarias** (1981), con texto de José Hierro que dan vida a una galería serigrafiada de cinco rostros desamparados y anónimos agitados por pasiones fuera de toda razón, y otras estampas debemos recurrir de nuevo a Antonio Gamoneda:



...Los seres de Barjola amenazados por algo que, repito, “no se ve”, testifican con su deformidad solitaria. La propia desaparición de su rostro, cuando se produce, es una forma de participación, de asunción profunda de las sugerencias del entorno. Hay una terrible coherencia entre las angulaciones planas del espacio y la descomposición formal de los protagonistas. Esto, que es

un hecho sustancialmente plástico, es, al tiempo, origen de las acentuaciones expresivas.

José Hierro ha escrito en el texto que acompaña a las serigrafías:

Esta cabeza ha saboreado licores negros, ha mordido panes amargos, frutos podridos. Esta cabeza ha lamido cantiles arañosos por las uñas crujientes de las olas. El cielo ya no estaba. Las tempestades asfixiaban con sus tentáculos, liberaba sus truenos negros, flechaba con sus relámpagos. Sucedió esto en los mares del hierro, en el vaivén herrumbroso donde esta cabeza agonizaba sin que jamás le llegase la muerte definitiva. La madera de la embarcación sonaba a huesos aplastados por el oleaje de bronce. Esta cabeza ha sido suspendida por una soga del palo mayor. Es la cabeza que vivía pendiente del grillo embarcado en la costa española, y al que pedía que cantase, que le trajese un poco de la respiración de las playas. Pero el grillo no

cantaba. Las estrellas bajaban, al crepúsculo, a dar miga de pan mojada en vino al grillo silencioso. Y aquella gota de noche cristalizada seguía sin cantar. Pero lo hizo cuando llegó hasta él la tibieza del litoral.

Podemos contemplar en las tres vibrantes serigrafías *Homenaje a Velázquez*, su raíz hispana que nunca ocultaría el maestro, en las que a partir del autorretrato del pintor de *Las Meninas* elabora una síntesis magistral, superponiendo, la puerta por donde se asoma el guarda damas, José Nieto, al rostro del pintor, ocultado por otros planos que apuntan transparencia. Retazos del lienzo superpuesto para darnos una expresiva imagen unitaria.

También Goya tendrá su homenaje en la serigrafía *El perro de Goya*, perro que, está presente en otras estampas de la muestra. Se ha enfatizado y con razón basados en las propias palabras del pintor la presencia del perro en su obra. Ciertamente “el mejor amigo del hombre” tiene un protagonismo singular al que dotó de una expresividad entre misteriosa, hiriente y agresiva. No es –el perro– un mero adorno en la composición barjolina que a veces nos da que pensar que el propio pintor se identifica con él.

En 2001 declaraba a Manuel Calderón:

Goya ha sido para mí el gran heterodoxo. En lo social ha sido el gran pintor. El genio. La importancia de Goya es innegable. Éste es mi ejemplo de pintor.

Otras estampas recogen los temas peculiares del temario e ideario de Barjola como *el espejo* – que le permite sugerir el alargamiento



visual, o con alusiones psicoanalistas, que atribuyen al espejo el encuentro con uno mismo.

Prácticamente están, en su obra gráfica, todos los temas que siempre estuvieron presentes de manera reiterativa, pero siempre novedosa y cuyo catálogo y temas: maternidades convulsas, niños de suburbio hipercefálicos, prostíbulos, camerinos, tauromaquias, retratos de personajes anónimos, magistrados, crucifixiones, perros vagabundos, vanitas, carnicerías, han sido comentadas por eminentes estudiosos como Antonio Gamoneda, Calvo Serraller, Miguel Logroño, Fernando Huici, Vicente

Aguilera Cerni, Javier Barón, José Hierro, Joaquín de la Puente, Fernando Castro Flórez, Antón Patiño, Guillermo Solana, Antonio Zoido y un largo etcétera que hemos procurado citar en la bibliografía de éste catálogo.

La obra gráfica de Barjola expuesta abarca desde 1943 al final de sus días, en 2004. Su obra está enraizada en la tradición pictórica y gráfica española, logrando lienzos o grabados llenos de fuerza y expresión, de belleza estética, si, pero también profunda, dirigida al alma desde el espíritu del propio artista. La corrida de toros, uno de los máximos símbolos ibéricos, que comparte sus raíces en la cultura ancestral mediterránea, fue uno de sus temas predilectos para su obra gráfica y que también sirvió de inspiración a Picasso, Dalí, Miró, José Hernández, Caballero, Bellver, Álvaro Delgado, etc., que, desde diversas ópticas, se enfrentaron, en su obra, a la simbología



taurina. Para Barjola *una metáfora de la violencia que gobierna la vida* (Antonio Franco).

La carrera de Barjola discurrió con lentitud y reflexión, pero su evolución plástica fue continua buscando siempre el estilo más adecuado para sus

necesidades expresivas. Permaneció siempre fiel a si mismo.

A través de estas estampas también podemos gustar de las composiciones equilibradas y el uso excepcional del color común denominador de la pintura de Juan Barjola, junto a la fuerza expresionista de su tratamiento, que hacen que su obra sea una de las más personales y de más intenso dramatismo de la pintura neo-figurativa en España, actuando como catarsis liberadora en la lucha por sobrevivir y en la denuncia de una violencia cruel y sin sentido.

Barjola fue un hombre de aspecto apacible, humilde, - le conocí en sus últimos años – reflexivo, de carácter complejo pero siempre cordial, prudente – que no tímido – respetuoso, intenso en la conversación y profundo. Con una voluntad de irreductible individualismo. De su trato siempre se salía con una reflexión y una esperanza.

Agradecer, finalmente, la confianza depositada en mi para catalogar la obra gráfica barjoliana, en la medida de lo posible con exactitud y rigor, tanto por parte de Rafael Gil como por el Museu de Belles Arts de Castelló y a la atención entusiasta a ésta

proyecto de Lydia Santamarina, directora del Museo Juan Barjola de Gijón. A José Antonio Galea, debo la ayuda prestada para honrar la gran obra de su padre.

Luis Rubio Gil

***Comisario**

Texto extraído del catálogo **Juan Barjola. Obra Gráfica**, editado por el Museo Barjola en 2008

Barjola